



HACER
EL AMOR
Contigo

LENA DALGLIESH

Hacer el amor *contigo*

Relato erótico

Sinopsis

Empiezo diciendo que te deseo.

Relato erótico.

© LENA DALGLIESH 2017.
Todos los derechos reservados

HACER EL AMOR CONTIGO

Estoy encerrado en el baño con la espalda apoyada en la puerta, completamente desnudo. Tú estás al otro lado, en el dormitorio, sentada en un pequeño taburete con la espalda también contra la puerta, vestida únicamente

con unas bragas sencillas de algodón blanco, feas e incómodas.

Siento el peso de tu cuerpo desnudo apoyado contra la puerta, noto el roce de tu piel cada vez que te mueves. Puedo imaginarte sentada en el pequeño taburete, abierta de piernas, con tu vagina perfectamente marcada en las bragas. Me conoces y sabes cuánto me excita oírte jadear, algo que haces cada pocos segundos acompañando cada exhalación con un breve movimiento de tus caderas; movimiento que se traslada a la puerta cerrada y de allí a mi espalda.

Hace calor aquí dentro y a pesar de estar desnudo comienzo a sudar. Mi polla, enhiesta y dura, palpita entre mis dedos. Te conozco y sé cuánto te excita escuchar el ritmo húmedo de mi mano cuando me masturbo. Lamo mis dedos lentamente, regándolos con generosidad de saliva. Recubro la cabeza de mi polla con una pátina de babas, admirando la forma de seta de mi glande hinchado. Escupo suavemente encima

de él, procurando que la saliva impacte justo en el orificio. La saliva resbala por el tronco, siguiendo el recorrido de las venas, hinchadas y muy marcadas, hasta llegar a la base depilada de mi vientre. En seguida la agarro entre mis dedos y empiezo a masturbarme lentamente, procurando que la saliva chapotee lo máximo posible para que puedas escucharlo. Cada vez que mis dedos rozan la corona del glande deo escapar un breve jadeo.

A través de la madera puedo oír tu respuesta a mi provocación: unos golpecitos sordos, unas breves palmadas que conozco a la perfección: has ahuecado la palma de tu mano y te estás dando palmaditas encima de las bragas, justo sobre el bulto de tu vulva. Me conoces perfectamente y sabes cuánto me excita que hagas eso. Jadeo con más fuerza y aprieto mi polla, dejando que la sangre se agolpe en la cabeza para que ésta se hinche con rabia. Escupo un salivazo contra mis dedos y me masturbo con más ganas. A veces mi codo

golpea en la puerta.

Tu respiración se acelera, jadeas más fuerte. Oigo el roce de tus pies desnudos contra el suelo al abrirte aún más de piernas; tu espalda se arquea contra la puerta y oigo el suave rumor de tu cabello rozando la madera. A estas alturas sé que ya te has metido una mano bajo las bragas para frotarte la capucha de piel que envuelve tu clítoris. También sé que estarías más cómoda sin las bragas, pero las llevas puestas porque yo te lo he pedido expresamente, y eso, cumplir mi deseo, agradarme y satisfacerme en ese pequeño detalle en contra de tus propios deseos, te excita aún más.

Deseas liberarte de la tela, arrancarla y despojarte de las bragas para restregarte la vulva a placer, meterte los dedos bien adentro sin que te estorbe el incómodo elástico que aprieta tus caderas, pero sabes que estoy al otro lado, excitado al máximo, gozando al saber que estas cumpliendo mi pequeño deseo.

Conoces la anatomía de mi pene mejor que yo mismo. Lo has succionado, frotado, masturbado y mordisqueado. Has jugado con él de mil formas distintas. Lo has mirado desde todos los ángulos posibles y has probado el sabor de sus jugos en incontables ocasiones. Te has acostumbrado a su forma y a sus curvas, has recorrido con tu lengua cada pliegue y cada vena de su tronco y has disfrutado de su grosor dentro de tu cuerpo. Lo deseas. Escuchas cómo me lo estoy frotando. Oyes perfectamente como la saliva se escurre entre mis dedos mientras me la machaco. Deseas ser tú quien esté pajeándome. Quieres que mis dedos sean los tuyos. Quieres volver a sentir el fuego que desprende mi polla en tu mano, en tu boca, en tu coño.

Jadeas más fuerte. Tus labios menores exudan jugos que empapan tus dedos y los recoges bajo tus bragas para embadurnar la piel que rodea el clítoris. Tu coño arde y palpita entre tus piernas mientras intentas acompañar el

ritmo de tus dedos al chapoteo que te llega a través de la puerta. A veces se te escapa un breve grito.

Lo escucho y mi corazón se acelera. Te conozco. Te he visto masturbarte muchas veces delante de mí y te he pajeado tantas veces que sé en qué estado te encuentras. Sé que cuando estás tan cachonda que el jugo de tu vulva desprende diminutas pompitas. Que la entrada a tu vagina se dilata, que la vulva se hincha y se enrojece.

Deseas que te folle. Quieres sentir mi polla, mis manos, mi cuerpo. Quieres el contacto directo de nuestra piel, húmeda y ardiente. Agarro mi pene por la base y me golpeo con fuerza el vientre con ella para que escuches el sonido que hace contra mi cuerpo, palmeándola muy rápido.

En seguida siento tu respuesta en forma de breves golpes contra la puerta. Tu espalda se arquea al ritmo de tu mano, tus caderas se

agitan y tus muslos se abren y cierran. Quieres más. No te quitas las bragas, pero tiras de ellas a tope a punto de rasgarlas para dejar al descubierto toda tu hendidura. Te escupes en la mano y mezclas las babas que segrega tu vulva con las de tu boca. Te metes dos dedos en el interior de tu vagina, dejando que la palma de la mano te roce la capucha del clítoris en cada embestida. Lo haces muy fuerte, para que el sonido húmedo de la palmada me llegue a través de la puerta.

Lo escucho y un jadeo ronco se escapa de mi garganta. Quiero follarte. No me aguanto más. Te deseo con cada célula de mi cuerpo. Quiero abrazarte, besarte la boca, estrujar tus pechos y meter mi polla dentro de tu cuerpo. Quiero embestirte, separarte los muslos, comerte la lengua, saborear tu aliento en mi boca y gritar dentro de tu garganta de placer. Sé que estás detrás de la puerta, desnuda, masturbándote pensando en mí, deseando lo mismo que yo.

La cabeza me da vueltas.

A través de la madera te oigo suspirar mi nombre entre jadeos. No lo soporto más y me giro. Apoyo todo mi cuerpo contra la puerta apretando mi pene contra la madera, aprisionándolo con mi vientre, jadeando directamente contra la puerta, frotando y restregando mi miembro en la madera. Gritas otra vez. Sabes que tienes el objeto de tu deseo a un centímetro de distancia, puedes escuchar el roce que hace la piel hinchada de mi polla contra la madera, escuchar los gemidos que salen de mi garganta golpeando.

Te levantas del taburete y te giras. Pegas tu cuerpo contra la puerta, adelantando las caderas para restregar tu vientre contra ella. Tus pezones se retuercen contra la madera mientras jadeas. Tus dedos no dejan de frotar tus entrañas. Nuestros gemidos se confunden a través de la puerta cerrada. Sentimos nuestros cuerpos frotándose a un par de centímetros, deseando encontrarse. Del agujero del glande

comienza a brotar líquido preseminal que rápidamente se pega a la madera, mezclándose con el sudor que mi cuerpo ha dejado en ella. Recito tu nombre una y otra vez con la boca pegada a la puerta, gimiendo y jadeando entre dientes.

De repente dejo de notar el peso de tu cuerpo sobre la puerta. Te has apartado de ella.

Es la señal.

Sin esperar un segundo agarro el tirador de la puerta y la abro de golpe. Estás de pie, la cara arrebolada, los ojos sobre los míos. Jadeando. Aún llevas las bragas puestas. Una de tus manos está metida debajo de ellas y veo como se mueve al ritmo de tu respiración.

Me acerco a ti y con un gruñido aparto la mano de entre tus piernas. Tiro de las bragas a un lado al mismo tiempo que adelanto mis caderas con el pene rabioso apuntando directamente a tu abertura.

Eres mía.

Mi polla es una barra de acero al rojo vivo cuando se introduce en el interior de tu vientre. Las paredes de tu vagina, lubricadas y aceitosas, reciben mi miembro con ansía, dejando que mi glande se abra paso entre los pliegues de tu interior. Un ligero chapoteo y una leve palmada anuncian el tope de mis testículos contra la parte baja de tu pelvis. El calor de tu cuerpo me embarga. Tu boca se pega a la mía y gritas mi nombre dentro de mí mientras me abrazas, clavando tus dedos en mi espalda y en mi nuca. Tu aliento me llega al alma cuando te corres y un espasmo recorre nuestros cuerpos.

El chorro de semen parece no acabar nunca. Te inunda sin llegar a salir. La entrada está taponada por el grosor de mi polla, que ocupa toda tu cavidad. Los espasmos de nuestro orgasmo hacen que te empuje involuntariamente hasta la pared. Sientes mis testículos aplastados contra tu cuerpo.

Otra descarga de semen brota de mi interior... Es fuego líquido.

Para leer más historias de Lena Dalglish, busca en su perfil de Amazon. [AQUÍ](#)

Y no olvides dejar ahí tu valoración.

Sobre la autora:

Lena Dalglish es una aspirante a actriz que suele compartir en relatos experiencias personales o confesiones de índole sexual que tiene a bien escuchar.

Busca más de sus relatos en la tienda

Kindle.